

CARLOS CUAUHTÉMOC SÁNCHEZ

MUJERES DE CONQUISTA

Hay un tipo de mujeres para quienes
nada es imposible



GRUPO EDITORIAL
DIAMANTE
LIBROS QUE TRANSFORMAN VIDAS

ÍNDICE

| | | |
|-------------|---|-----|
| CAPÍTULO 1 | EL TERREMOTO..... | 9 |
| CAPÍTULO 2 | TILATELOLCO..... | 15 |
| CAPÍTULO 3 | CITATORIO..... | 21 |
| CAPÍTULO 4 | DEBATE ENTRE SEXOS..... | 31 |
| CAPÍTULO 5 | REENCUENTRO..... | 39 |
| CAPÍTULO 6 | TRES PRINCIPIOS DE CONQUISTA..... | 45 |
| CAPÍTULO 7 | LA AMENAZA..... | 53 |
| CAPÍTULO 8 | ¿QUIÉN ESTÁ AHÍ?..... | 61 |
| CAPÍTULO 9 | DIÁLOGO ESCRITO..... | 69 |
| CAPÍTULO 10 | PERDÓNAME MUJER..... | 77 |
| CAPÍTULO 11 | PRIMER PRINCIPIO: AGRESIVIDAD INTELIGENTE.. | 85 |
| CAPÍTULO 12 | JEZABEL..... | 93 |
| CAPÍTULO 13 | AISHA..... | 103 |
| CAPÍTULO 14 | EL ASESINATO..... | 111 |
| CAPÍTULO 15 | SEGUNDO PRINCIPIO: FE VIVENCIAL..... | 119 |
| CAPÍTULO 16 | PAPÁ..... | 129 |
| CAPÍTULO 17 | TERCER PRINCIPIO: AMOR DIRIGIDO..... | 139 |
| CAPÍTULO 18 | ¿QUÉ QUIERO?..... | 149 |
| CAPÍTULO 19 | NECESITO QUE ME VEAS..... | 155 |
| CAPÍTULO 20 | LAS LIBRETAS..... | 163 |
| CAPÍTULO 21 | UN HOMBRE SIN MUJERES..... | 173 |
| EPÍLOGO | | 183 |

1

EL TERREMOTO

—¿Qué ocurre, hijo?

—Es un temblor, mamá. Tranquila.

Se quedaron quietos. Los movimientos disminuyeron y hubo un breve silencio.

—¿Lo ves? Ya está pasando.

Pero en ese momento la vibración reinició con más fuerza. Leonardo vio el espeluznante suceso en cámara lenta: La lámpara sobre el buró oscilando como movida por una mano invisible, las cortinas ondeando, el piso desplazándose cual balsa en altamar.

—¡Dios mío! No para.

La atmósfera se había cargado de electricidad y las paredes rechinaban; parecía que el edificio entero estuviera respirando. Repentinamente, brotó como un enorme rugido. Leonardo advirtió el rostro desencajado de su madre, sus ojos aterrorizados y sus manos venosas agitándose sin control.

—¡Hijo! El edificio... se... se va a caer...

Quiso acercarse a ella, pero las sacudidas lo echaron hacia atrás. El estruendo de las paredes cimbrándose y el atroz crujido del techo se mezclaron con un fragor de cristales rompiéndose. Otra vibración lo lanzó dos metros adelante y lo hizo caer de rodillas. Su madre enloqueció. Comenzó a gritar y echó a correr. Leonardo la perdió de vista.

—¡Sal del depar..! —no pudo terminar la frase porque el pavor y la confusión le cerraron la garganta—. ¡Aisha! —balbuceó después—, ¡mi hermana está dormida! Tengo que despertarla.

Se puso en pie con movimientos torpes. Alcanzó a ver de reojo cómo se partía la pared a su izquierda. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, logró gritar:

—¡Mamá, sigue corriendo! ¡Sal de aquí!

Un terrorífico tronido del techo le heló la sangre.

Era el momento de saltar hacia afuera. Podía hacerlo. Tenía la habilidad y la fuerza para abrirse paso y llegar a la calle en unos segundos, pero su hermana estaba atrapada en la habitación. Regresó a ayudarla.

Se había abierto una grieta que corría como serpiente. Justo detrás de donde había estado su madre, el techo cayó, y una nube de polvo se extendió con rapidez.

—¡Esto no puede estar ocurriendo! ¡Aisha! —quiso abrir su puerta, pero estaba atorada por las piedras; la golpeó—. ¡Hermana, despierta!

La segunda sección se vino abajo sobre la entrada del departamento cerrando el paso con escombros y tierra.

—¡No!

Las venas de su cuello se hincharon por el alarido, mas su voz se perdió entre las explosiones provocadas por los desgajamientos.

—¡Estoy soñando! ¡Es sólo una pesadilla!

Los escombros seguían cayendo. La nube de polvo lo envolvió. Perdió el equilibrio. Puso las manos contra el trepidante piso para avanzar a gatas. Enormes y pesados trozos del techo caían a su alrededor. El instinto de supervivencia lo hizo volver a su recámara y refugiarse debajo del escritorio. Se encogió cuanto pudo, cubriéndose la cabeza con las manos. Fatalmente, el techo y las paredes cedieron. Sintió que el piso se hundía. Por un instante quedó suspendido en un colchón de aire y luego fue succionado al vacío por una descomunal fuerza. El suelo se desmoronó llevándose todo consigo, arrasando muebles y aparatos. En un instante descendió y fue arrojado entre escombros. Un golpe seco, terrible, detuvo su caída. Su fémur izquierdo se partió en dos y el dolor implacable le subió por el muslo al darse cuenta de que una especie de puntal le había atravesado la pierna. A cada respiración tragaba tierra.

Entonces perdió el conocimiento.

Estaba enterrado en una tumba de concreto.

Eran las 7:17 del 19 de septiembre de 1985 en la ciudad de México. Los conductores de medios interrumpían sus noticieros y programas de entretenimiento para anunciar, primero con asombro y después con temor lo que ellos mismos estaban sintiendo.

El epicentro se localizaba en el Océano Pacífico frente a la desembocadura del Río Balsas en Michoacán, sin embargo la intensidad con que las ondas de choque se propagaban a una distancia de cuatrocientos kilómetros estaba superando las peores expectativas para un sismo de este tipo.

La tremenda fuerza del terremoto derrumbaba todo a su paso. Elevadas construcciones aparentemente sólidas caían una detrás de otra como fichas de dominó. Los gruesos rieles de antiguos tranvías se retorcían separándose del piso; pesadas

paredes se hacían añicos mientras los árboles levantaban sus raíces rompiendo el concreto con una fuerza feroz.

En los edificios del centro la gente salía de sus departamentos y corría por los pasillos empujándose frenéticamente en su desesperación por alcanzar las escaleras. Muchos caían al suelo mientras los demás pasaban sobre ellos. Hombres y mujeres aterrados, solos o con niños en brazos, se apretujaban en los elevadores. El ruido de los derrumbes ocasionaba una histeria colectiva. Todos actuaban sin juicio, buscando escapar.

Quienes dormían no alcanzaron a salir de la cama. Algunos ni siquiera lograron darse cuenta cuando el edificio se desplomó.

El caos hizo presa de toda la ciudad. En los pasajes subterráneos del metro los vagones se detuvieron y la gente que viajaba dentro comenzó a llorar y a gritar en medio de la oscuridad.

Una espesa nube gris se extendió por la metrópoli al tiempo que la electricidad, los teléfonos y los transportes dejaron de funcionar. Todas las calles se llenaron de personas desconcertadas, que aunque estaban a salvo, sentían pánico porque sabían que miles más habían quedado atrapadas.

Con asombrosa velocidad, las consecuencias del desastre se hicieron evidentes y comenzaron a escucharse gritos de auxilio.

—¡Por acá, por favor! ¡Toda mi familia está adentro!

Se oían los desgarradores lamentos de mujeres desquiciadas y los rumores colectivos que aseguraban cada vez con mayor fuerza las espeluznantes noticias:

—¡Se cayó el Centro Médico!

—¡Se vinieron abajo los edificios de Tlatelolco!

Y las voces llenas de urgencia de individuos que escarbaban en los escombros, destrozándose las uñas, moviendo los brazos como locos, llamando al aire:

—¡Acá, vengan acá! ¡Aquí hay gente viva!

Todas las estaciones de bomberos y policías comenzaron a trabajar con alarma roja tratando de organizarse para combatir los incendios que se propagaban y amenazaban con hacer explotar millones de cilindros de gas, pero el agua para apagar el fuego también faltaba y a los rescatistas se les veía como fantasmas, con los ojos hundidos y los semblantes impotentes. Nadie sabía qué hacer para acallar los estremecedores lamentos que se deslizaban por entre los vidrios rotos y edificios destruidos.

Leonardo se movió un poco.

Las vigas que habían sostenido las paredes se doblaban sobre él, acercándose milímetro a milímetro y haciendo su cárcel cada vez más estrecha. Los escombros le cubrían ambas piernas. Tenía la cabeza inclinada sobre su hombro izquierdo y, en conjunto, parecía una marioneta con los hilos sueltos. Toda su ropa estaba desgarrada. Junto a él, la lámpara del buró se encendía y se apagaba con breves intervalos.

Poco a poco, dolorosamente, recuperó la conciencia. Estaba acostado boca abajo. Al tratar de moverse, dejó escapar un gemido de dolor. Su pierna izquierda se había destrozado. Tardó varios minutos en poder abrir los ojos. A cada intento, minúsculas partículas de polvo se lo impedían. Sentía como agujas clavadas por todo el cuerpo, pero lo más terrible era la sensación de asfixia. Abrió la boca tratando de respirar profundo y eso le provocó un acceso de tos.

Entonces comenzó a sentir claustrofobia. Nunca antes había experimentado una emoción tan pavorosa. Su corazón latió con rapidez y su presión arterial subió al límite. Se movió con desesperación tratando de escapar, pero el esfuerzo lo hizo perder el aliento. Vagamente comprendió que debía hacer aspiraciones cortas, pero la fobia a morir encerrado es una

condición cercana a la locura en la que no es posible razonar con claridad y sólo existe el anhelo exasperado de salir a un espacio abierto y respirar aire limpio.

Todo estaba en penumbras. En sus frenéticos esfuerzos logró liberar la pierna derecha. Se le oscurecía la visión y las sienas le palpitaban como si fuera a perder otra vez el conocimiento. Cada espasmo muscular era un suplicio, pero cuando tensó los músculos de la pierna izquierda volvió a desvanecerse por un instante a causa del terrible agujonazo. Después se quedó inmóvil. El pánico lo tenía sujeto por el cuello como un monstruo demoníaco a punto de matarlo. Gritó:

—¡Dios mío! ¡Ayúdame, por favor!

Su corazón latía con tanta fuerza que estaba cerca de sufrir un infarto. Comenzó a rezar.

—Padre nuestro que estás en el cielo... Pa... padre nues... tro...

Pero su oración se convirtió en llanto. Llevó ambas manos hacia la cara e hizo un cuenco tratando de usarlo como filtro para el polvo, mientras gemía:

—Dios mío, dame aire. Necesito aire... No importa que no pueda moverme, pero déjame respirar.

Entonces notó la incongruente luz de la lámpara a unos centímetros de sus ojos. Seguía encendiendo y apagando como el brillo de una luciérnaga moribunda enterrada en un denso manto de polvo. Pensó que esa luz tintineante representaba el leve aliento de vida que le quedaba a él y tal vez a su madre...

Mantuvo la vista fija en la luz hasta que se apagó por completo.